

LA PROFECÍA DEL MAGO MERLÍN



ASALTO ANFIBIO ESPAÑOL EN CORNUALLES (INGLATERRA, 1595)

Juan José Oña Fernández | Capitán de Caballería retirado. Doctor en Historia

Jorge Bañón Verdú | Teniente de navío (RH) Licenciado en Ciencias

INTRODUCCIÓN

La consideración de los cien años de preeminencia de los tercios españoles en Europa como la efeméride principal para el Ejército de Tierra en 2025 —«De Pavía a Breda (1525-1625)»— justificó la emisión de un calendario institucional¹ que recogía sintéticamente una puntual y fugaz acción conjunta hispana protagonizada, del 26 de julio al 9 de agosto de 1595, por un contingente infante y naval que se proyectó desde Blavet (Bretaña) hacia Mount's Bay (Cornualles). La unidad surcó intrépidamente el canal de la Mancha para hundir tres mercantes ingleses, cazar a otro francés, echar a pique cuatro escoltas neerlandeses y arrasar el área de tres poblaciones córnicas en la que desembarcó, dominándola durante tres jornadas sin que varias figuras enemigas pudieran interceptarla ni oponerse (Drake y Hawkins, por un lado; el gobernador Godolphin y el capitán Vyvyan, por otro). Fueron, así, los quince días de temporal estival español en el *English channel* que, envueltos en una atmósfera mítica vinculada a la profecía del mago Merlín, cincelaron en la cultura inglesa un recuerdo histórico (*Spanish raid on Mount's Bay*²), una realidad toponímica (Point Spaniard) y otra literaria (William Bottrell y Agatha Christie). Tal episodio bélico, escasa y superficialmente tratado por la historiografía³, reclama su recuperación vindicativa como ejemplar «operación especial» de triple dimensión (marítima, anfibia y terrestre), y como referente de virtudes militares inherentes a sus protagonistas: infantería de los tercios, tripulaciones marineras, el capitán y cabo de galeras Carlos de Amézola y el sargento mayor Juan de Arnica, «quien fue el primero que puso pie en aquel reyno»⁴.



LA OPERACIÓN: CAUSAS, PROPÓSITOS, CONCRECIÓN

Dentro del dilatado conflicto que mantuvieron los monarcas Felipe II e Isabel I (1585-1604), tres factores estimularon un desafío hispano de castigo: el subsiguiente descenso en intensidad de los enfrentamientos entre los españoles y los rebeldes franceses en territorio bretón tras la heroica caída del Castillo del León, en responsabilidad del gobernador Tomé de Paredes, que conllevó paralelamente la repatriación de las tropas inglesas asaltantes; la inactividad ofensiva

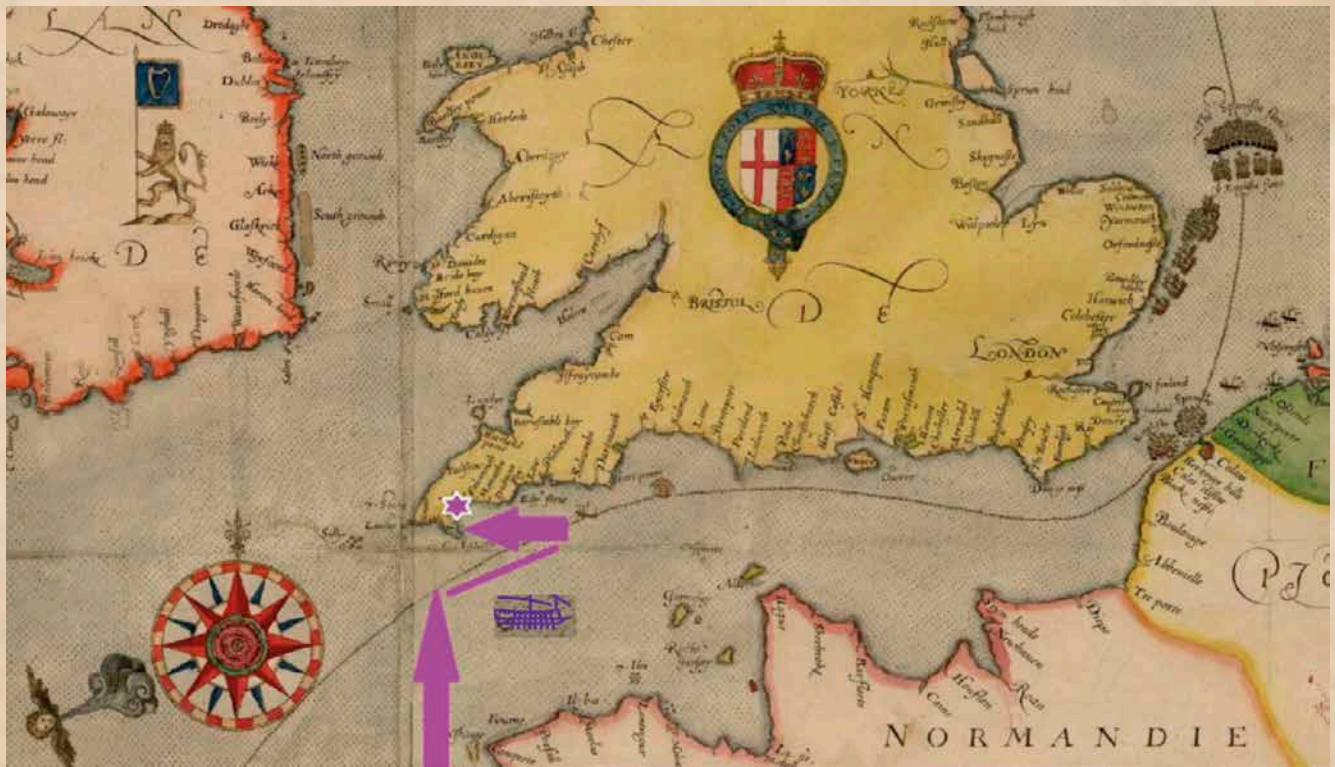
marinera de estas a causa de la concentración logística de Francis Drake y John Hawkins en Plymouth para atacar las posesiones del rey de España en el continente americano (*West Indies voyage*); y la determinación de este para relanzar una invasión sobre Inglaterra tras el fracaso de la jornada de 1588. Ahora, en el verano de 1595, los objetivos de una operación multipropósito de menor escala eran tantear un asentamiento en las islas Scilly (incluso tocando las islas de Guernsey y Jersey), valorar la disposición militar del *English channel* (defensas terrestres y medios navales enemigos),

recuperar unas presas que los ingleses habían tomado en las costas del Brasil, y articular mediante soborno en metálico unas células cónicas críticas con el poder tudoriano.

Tal acción, que se materializó sobre la base de cuatro «viejas galeras» —en palabras de Felipe II—, veteranas de la frustrada armada de 1588 y estacionadas desde 1591 por Diego de Brochero en Blavet, donde servían como óptimos medios versátiles en cuanto plataformas mixtas de combate y transporte de personal⁵, comprendió dos actuaciones. La primera fue un movimiento marítimo de medio alcance a través de un escenario en litigio (canal de la Mancha), delimitado por dos localidades extremas (Mousehole y Blavet) que estaban distanciadas 277 kilómetros (150 millas náuticas), y controlado por una base principal adversaria (Plymouth). La segunda, una generación de diferenciados hechos de armas tanto en la mar (combate naval durante el tornaviaje a Blavet contra los escoltas de un gran convoy de transporte neerlandés recurriendo al abordaje y el fuego artillero); como en tierra, implicando cañoneo sobre edificaciones costeras, incursiones en poblaciones (Mousehole, Newlyn y Penzance), escaramuzas ligeras pero contundentes para desbaratar a las improvisadas masas defensivas locales, y tres desembarcos y extracciones de fuerza sobre distintos puntos cercanos de una controlada extensión (cinco kilómetros) de aguas en el territorio de Mount's Bay.

DESARROLLO

Desde la mañana del 26 de julio hasta el 1 de agosto, la unidad de cuatro galeras que partió de Blavet había navegado noche y día practicando fondeos por la costa francesa amiga (Pondaví), neutral (Penmarch) y hostil (Le Conquet), hasta que a las ocho de la mañana del 2 de agosto, quedando como vigilante la Peregrina al mando de Juan de Altercado, la terna restante (capitana, patrona y Bazana) se dirigió contra la localidad cónica de Mousehole, donde tomó tierra en primer lugar el sargento mayor Juan de Arnica para formar un escuadrón (cuatrocientos arcabuceros con algunas picas).



Confrontación de la singladura de las galeras (1595) con la expedición de la gran Armada (1588)

Acto seguido, mientras las naves disparaban su artillería contra los edificios, los infantes avanzaron dirigidos por el capitán León de Ezpeleta (flanqueado en su manga derecha por el alferez Juan de Urbea y, en la siniestra, por el de igual empleo Ramírez de Arellano), y quemaron ante mucha gente la iglesia anglicana de St. Paul, situada en lo alto de la villa. Pasadas las diez horas y dejando al menos tres ciudadanos muertos, los

asaltantes reembarcaron y navegaron hacia Penzance, en cuyo puerto y área volvieron a lanzarse los españoles para hundir tres mercantes fondeados. Como en el arenal de la «marina [...] había mucha cantidad de gente de la sierra, que serían 10 200 hombres, puesta en armas que demostraban querer defenderla, formado su escuadrón acompañado de alguna caballería»; y «comenzaron a escaramuzar», las naves cañonearon

a dicha multitud contra la que, tras recibir el alferez Juan de Urbea «algunos mosquetes» de su capitán y la orden de pasar «adelante a remeter», se dirigieron los infantes «muy en orden».⁶ A causa de tal movimiento táctico, «comenzaron los ingleses a huir por toda la vuelta de la villa de Pensans, y sin defenderla la dejaron», hasta quedar «al amparo de un castillo que se dice Mancafu, que está a una legua de esta villa».



Puerto y núcleo urbano de Mousehole (2023)

Con tal vacío opositor, la fuerza hispana procedió a incendiar «las cuatrocientas y más casas [...] que eran muy buenas, y al parecer ricas [...] y más casares circunbezinos, y también se quemó un fuerte que tenían a la marina, donde había una pieza de artillería con que pensaron hacer daño a las galeras». Tras la respetuosa presencia del capellán mayor de la unidad (fray Domingo Martínez) en la iglesia de St. Mary, que había sido católica, los españoles se desviaron hacia Newlyn, calcinando «todos los caseríos» del contorno para después reembarcar «sin haber recibido ningún daño ni derramado sangre» propia. Sobre la mar y atentas a reacciones navales adversarias quedaron las galeras: a las trece horas el gobernador Godolphin había enviado partes escritos a los *generales* Drake y John Hawkins.



Bahía de Mount señalando los tres desembarcos efectuados por tercios y galeras (Mousehole y Penzance)

En la mañana de la jornada siguiente, víspera de Santo Domingo, el capellán pidió permiso a Carlos de Amézola para celebrar en tierra un oficio religioso dedicado a su santo patrono, lo cual conllevó montar un altar a la vista del enemigo, que, disperso por las cuestas, recibió de los españoles una «salva de mucha arcabucería y mosquetería» como demostración de fuerza. Entretanto, un bote con doce infantes más el sargento mayor trasladó la pieza artillera del fuerte de Penzance a la galera capitana y, «aunque hubo gente inglesa que salió a la defensa», todo el personal en tierra reembarcó sin novedad. La escuadra, entonces, puso rumbo al cabo Lizard e hizo un trato comercial amistoso con un mercante irlandés.

El día 4, el capitán Carlos de Amézola decidió regresar a Francia, pues tenía averiada la galera patrona, preveía la posible reacción de «la Armada de la reyna» desde Plemua, y conocía tanto que las autoridades acudían «con mucha gente de guerra, que serían ocho mil hombres», como que ya «habían llegado a Londres parte de las presas del Brasil». Por ello, y con el fin de propalaran el suceso animando al colectivo católico, liberó a todos los prisioneros e informantes capturados y se hizo a la mar, donde la escuadra sería avisada por un par de barcos escoceses sobre el tránsito, a la altura de la

punta de Raz, de una gran flota integrada por treinta y nueve transportes y siete escoltas flamencos, neerlandeses y «pichilingueses» o piratas. Descubierta al amanecer del 5 de agosto, y pese a la notoria diferencia de fuerzas más el desgaste que habían provocado las operaciones precedentes, Amézola acometió y entabló un combate artillero contra cuatro naves protectoras. Una de estas, previa descarga de fuego de cañón y de mosquete efectuada

«con la presteza y ánimo que nuestra nación acostumbra», fue abordada y apresada por quince infantes más el alférez Juan Gómez (herido en el muslo por un picazo); posteriormente, cuando ya habían regresado todos, sería hundida por la artillería capitana. Paralelamente, los otros tres escoltas fueron incendiados por sus ocupantes siguiendo las órdenes que tenían de no entregarlos: uno —en humo— resultó muy dañado por las galeras patrona y



Casa de de Jenkin Keigwyn (Mousehole), muerto al pie de la misma en 1595



Área de desembarco de Penzance y puntos dominantes y críticos que encontraron las galeras españolas

Bazana; otro, abierto por cañón y barrido por mosquetería de la Peregrina, fue asaltado por el alférez Juan de Urbea con su gente y abandonado previamente al hundimiento; el tercero se perdería por sí mismo.

Así, liquidados los duelos contra el elemento de seguridad adversario — que causaron una vía de agua en la impactada proa de la Peregrina, daños en el palo mayor y en el trinquete de la galera capitana, más veinte bajas entre el personal, incluyendo al alférez Francisco de Silba, perteneciente a la compañía de Gaspar de Perea—, se reagrupó la escuadra hispana y puso rumbo hacia Pondaví, donde arribaría el 8 para, efectuadas las reparaciones necesarias, alcanzar Blavet en la anochecida del 9.

VALORACIÓN MILITAR SOBRE UN ASALTO ANFIBIO EJEMPLAR

Confrontación de capacidades combativas

La experiencia histórica en la zona cónica enfrentó a dos contingentes muy distintos: el invasor y el defensor. Aquel estaba muy ajustado en suministros (esencialmente agua potable) y artillería (exclusivamente embarcada y a razón de cinco cañones por proa y varios menores en la corulla de cada galera), aunque era muy curtido y profesionalizado en cuanto al personal (tres compañías de arcabuceros del tercio de Juan del Águila, con un total de cuatrocientos hombres, más una representación estrictamente marinera superior a

mil). El segundo (dispositivo inglés conocedor de las intenciones españolas), confiaba tanto en la disuasión y en la oposición inicial que presentaría una recluta eventual (hasta cien marineros en Falmouth o doscientos participantes en las afueras de Penzance durante el primer día del desembarco, que aumentaron a cerca de mil en la jornada siguiente), como en la reacción de las permanentes fuerzas de entidad, bien navales (Plymouth, a 14 leguas, 78,01 kilómetros), bien terrestres posicionadas a lejana, media o inmediata distancia de la zona de asalto: respectivamente Devon, Falmouth y la torre de la marina de Penzance, con una pieza artillera y cinco sirvientes.

Factores condicionantes y conducción operativa

La actuación, muy exigente para el mando, estaba condicionada por la interrelación de dos capacidades esenciales con una terna de factores limitadores o negativos. Estos, una vaga información sobre el dispositivo adversario más la doble servidumbre — averías y volumen de carga— inherente a las galeras; aquellas, la autonomía logística de movimiento y la garantía de supervivencia en el territorio, sin explotación local de recursos dado el apremio temporal. Frente a tales exigencias respondió el capitán Carlos de Amézola manifestando un templado ánimo que se sustentaba en la combinación de prudencia, seguridad y control de plazos; en el ajuste al cumplimiento de la misión, sin desvíos sobre objetivos de oportunidad por la costa francesa que detrajera tiempo y

recursos; en el sentido de la disciplina que se debía mantener durante la ejecución táctica marítimo-terrestre; y en un conocimiento tanto de las posibilidades y funcionalidades del material combativo que se transportaba como de las especiales y vetustas naves, limitadamente efectivas por mar atlántica y enemiga. Las consecuencias se tradujeron en eficiencia, manteniendo en todo momento la iniciativa y la libertad de acción. El fruto: la victoria y la secular huella memorativa en el territorio inglés.

CONCLUSIONES

La sorpresiva, súbita, resuelta, devastadora e impactante actuación conjunta española desarrollada en 1595 en el canal de la Mancha, concretada en un asalto anfibio con incursiones terrestres de corto radio de acción sobre una zona cónica inferior a cinco kilómetros en línea (Mousehole-Newlyn-Penzance), que conllevaron también acciones colaterales (movimientos y combates navales mar adentro), constituye un excelente ejemplo de brillante raza que, a cambio de un reducido registro negativo hispano derivado exclusivamente del enfrentamiento contra un superior convoy neerlandés (al que bautizó), demostró audacia, acometividad, flexibilidad, maniobrabilidad, rapidez, precisión en las habilidades (náuticas y de tiro), más una ponderada ambición resultante de una calculada valoración de los factores riesgo/éxito.

Los efectos positivos que se derivaron fueron inmediatos e imborrables. Aquellos se materializaron sobre la

mar en el hundimiento de ocho barcos franceses, ingleses y neerlandeses (tres fondeados y cinco en aguas distantes); y, sobre la tierra, en el acarreo de una pieza artillera, en el arrasamiento mediante cañoneo e incendio de tres dispersos núcleos urbanos, y en la muerte de, al menos, cincuenta y tres defensores. Por su parte, los efectos permanentes se tradujeron en una amalgama histórico-cultural producto de la confirmación de relatos mágicos proféticos, de la impune exteriorización de una afrenta religiosa e ideológica, de la generación de un clima social desazonador, y del desprestigio personal tanto en lo relativo a célebres figuras (los inoperantes Drake y Hawkins) como a gobernantes locales, quienes respondieron improvisada, lenta e incompetentemente ante la acción anfibia invasora esbozando un multitudinario pero tímido amago contraofensivo que fue disuelto fácilmente por la determinación, la destreza y la ejecución española. Dos años después, la imagen de dominio, competencia y contundencia de los tercios y de las tripulaciones en tierra córnica sería renovada por una fracción de la tercera y última gran armada de Felipe II, poseedora también de plena libertad de acción operativa aunque diseñada con superior entidad y mayor ambición estratégica que la táctica que definió la incursión de las galeras: fue el momento de Falmouth. ■

NOTAS

1 En tal calendario, que contiene una serie cronológica de ilustraciones acompañadas de reseñas sobre doce escogidos hechos de armas, el mes de octubre recoge la batalla de Cornualles, bahía de Mount, el 2 de agosto, si bien con desacierto histórico tanto en la propia ilustración (un cañón en tierra) como en el relato, pues carece de rigurosa precisión al asociar galeras a «la escuadra de Pedro de Zubiaur», informar del desmontaje «de la artillería de los fuertes ingleses» (en realidad, solo fue una pieza y de una torre defensiva), y utilizar el concepto de «escapar» refiriéndose a que los españoles toparan con «una escuadra holandesa» cuando, en realidad, estos tomaron la iniciativa y demostraron una determinación ofensiva y persecutora con resolución exitosa.

- 2 Mayoritariamente los textos anglosajones coinciden en calificar la acción hispana como un *raid*. En la doctrina militar española puede conceptuarse como «golpe de mano», «reconocimiento ofensivo», «incursión» o, por la combinación de actuaciones en las dimensiones terrestre y naval, «asalto anfibia».
- 3 De las muy repetitivas fuentes interpretadoras contemporáneas sobre la operación —inglesas o españolas—, solo estas —casi todos artículos— tratan de una forma manida y superficial el aspecto propiamente bélico. El análisis profundo y distintivo toda esta panorámica historiográfica hispano-inglesa, ha sido realizado por Juan José Oña Fernández y Jorge Bañón Verdú con el inédito *Point Spaniard, Spanish point: el azote de los tercios en Cornualles (Inglaterra, 1595)*.
- 4 «Relación de las operaciones, navegación, presas y demás sucesos de las cuatro galeras del cargo del capitán Carlos de Amézola que salieron de la costa de Bretaña hacia Inglaterra y volvieron a Blavet entre julio y agosto». Manuscrito 392, 1242, IX-1595 (artículo 4.º, números 1241 a 1430, años 1595-1630), en Catálogo de la colección de documentos de Sanz de Barutell que posee el Museo Naval (serie Simancas), Madrid, 1999.
- 5 Durante el periodo de control hispano del territorio y de la mar adyacente de la Bretaña francesa, las galeras se caracterizaron por el aprovechamiento de sus tres virtudes: la autonomía de movimiento (remo y vela), la maniobrabilidad con buenas condiciones climatológicas

—particularmente entre accidentes costeros— y su potencial destructivo (limitado) por su artillería embarcada, como ya habían demostrado en 1589 expulsando a una unidad naval de Drake en Lisboa.

- 6 La cifra «10 200» está tomada fidedignamente de la citada «Relación de las operaciones». Muy posiblemente se trate de un error de transcripción respecto al original, pues de hecho el historiador y marino Cesáreo Fernández Duro apunta en su obra *Armada española desde la unión de los Reinos de Castilla y de Aragón* (Tomo 3, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1895-1903): Repitieron la obra destructora en las villas mayores de Pensans y Newlin, aunque hicieron demostración de defenderlas unos 1200 [mil doscientos] hombres. No obstante, una estimación adecuada, basada en tres fuentes, horquillaría tal cantidad entre 500 y 1000 defensores: la carta emitida por Godolphin a Drake desde la llanura atrasada de Penzance, referente a la fuerza que podría levantar (*About 200 men have assembled; we attend the coming of more, so as to make head towards the enemy*); la cifra de 100 marineros a activar en 10 horas, en Falmouth, que da el capitán Hanibal Vyvian a Sir Francis Drake para la reacción naval contra las galeras; y las propias impresiones de los atacantes españoles, que cifran categóricamente en ocho mil los integrantes de la fuerza territorial que se estaba preparando a defender quales quiera daños que las galeras quisieran hacer en aquella costa...



Punto de ubicación del fuerte y pieza artillera de Penzance. Al fondo, Newlyn